



La cartilla escolar en Rafael Pombo y Walter Benjamin

Marisol Moncada Vivas¹

¹ Egresada de la Licenciatura en Filosofía y Lengua Castellana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás, Bogotá, y estudiante de la Maestría en Filosofía Latinoamericana.

La cartilla escolar ha tenido un lugar especial en nuestra niñez, porque con ella aprendimos a escribir, a leer y nuestros maestros hacían uso de esta con el fin de enseñar y formarnos mediante una ética moralizante, la cual más adelante aplicaríamos en nuestro entorno. Sin embargo, la cartilla no contiene una única finalidad ante las distintas perspectivas, como la de Rafael Pombo, quien consideraba que esta era un producto de la observación de los rasgos de carácter y de las aptitudes distintivas de la infancia; y la de Walter Benjamin, quien afirmaba que la cartilla desarrolla en los niños una ética no moralizante, la cual les permite preservar su tierna y reservada fantasía, porque es ahí donde crean y hacen su mundo a su gusto, en el cual el adulto no debe intervenir, sino mantener sus capacidades de imitar, jugar y de ser críticos frente a lo que les rodea. Lo anterior conlleva a exponer dos pensamientos distintos que conducen a comprender la pedagogía ética en Pombo y Benjamin.

Este artículo presenta parte de la investigación sobre “La pedagogía ética en *los cuentos pintados, fábulas y verdades* de Rafael Pombo desde la perspectiva metodológica de Walter Benjamin”. Esta pedagogía se evidencia en la citada obra de Pombo, mediante narraciones poéticas, en donde el verso no es utilizado como simple enunciado que forma la unidad de un poema, sino como instrumento pedagógico, permitiéndole al niño descubrir los valores éticos de la sociedad.

La indagación de esta problemática tiene la intención de mostrar que Pombo no solo es un poeta romántico, sino un pedagogo que impulsó las costumbres y la formación moral en niños y jóvenes. Benjamin, igual que Pombo, se caracteriza por considerar las relaciones entre juego y literatura infantil con el objetivo de darle un giro a la pedagogía, donde infantes y jóvenes hacen de su imaginación

un camino de libertad y transformación frente al mundo y a la vida.

De ahí que la idea sobre la cartilla en Pombo alude al método de semejanza que se adelanta a las actuales teorías sobre el papel que juega la ilustración en los “libros para niños”. Sobre todo, en la función que cumple como apoyo al aprendizaje lector, partiendo de la psicología del comportamiento del infante.

Así mismo, Benjamin afirma que el niño no solo lee los cuentos por leerlos, sino que su lectura es una experiencia vital, en la que el poema se asume como una actitud lúdica frente al mundo, la cual hace que la imaginación ponga de presente las capacidades miméticas del niño.

Por lo tanto, el tema de la cartilla, en ambos autores, es un camino que lleva a una pedagogía ética que resalta los valores éticos de la sociedad, implementando, en el ámbito educativo, el desarrollo de capacidades, actitudes y conocimientos en niños y jóvenes.

El Nuevo método de lectura y la Cartilla Ilustrada de Rafael Pombo

Algunos tuvimos la oportunidad de conocer a Pombo a través de *Rin Rin renacuajo*, *La pobre viejecita*, *Simón el bobito* y otros cuentos referentes a la literatura infantil de este poeta. Estos cuentos, fábulas y poemas resaltan el respeto, la tolerancia y la obediencia que habitan en cada verso, que fue el instrumento pedagógico y pilar principal que le ayudó a pintar la sociedad de su tiempo, a criticarla y a transformarla.

Pombo, al tener un acercamiento a la poesía infantil, recrea su espíritu lúdico y su fino sentido del humor, despertando su vocación pedagógica en la formación de las nuevas generaciones.

Él creyó firmemente en el valor transformador del arte y el efecto estético que genera el ritmo y la musicalidad en los niños, pues el ritmo permite a los pequeños aprender a retener y a comprender, debido a que estos están más cerca de la naturaleza del infante. El poeta de los niños afirma en su *Nuevo método de lectura* (1984):

El niño (condición providencial para su desarrollo) es una bomba aspirante, no de razonamientos que lo fatigan, sino de imágenes; es esencialmente curioso, práctico y material; quiere que se le enseñe objetivamente, lo mismo que a los salvajes y a toda naturaleza primitiva. Como las imágenes son precisamente condición de la poesía, el carácter imaginativo de esta, aplicado en fábulas, emblemas o simples símiles, dobla la eficacia del ritmo poético para imprimirles cualquier lección moral, literaria o científica, que nunca olvidan más tarde, pues adquieren para ellos fuerza de axiomas, de proverbios, de experiencia anticipada (p. 280).

Este método es un conjunto de cuatro alfabetos y una cartilla ilustrada que el poeta creó con la intención de enseñar a los niños el abecedario mediante versos y dejarles lecciones de buen comportamiento.

Según Beatriz Helena Robledo², en su texto *Rafael Pombo ese desconocido. Antología* (2013), Pombo, “en su diario de Nueva York, probó estos alfabetos con los hijos de los amigos, convencido de las bondades del verso como vehículo para el aprendizaje” (p. 158).

² Magíster en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Javeriana de Bogotá; escritora e investigadora en las áreas de literatura infantil y juvenil y en procesos de formación lectora.

El Nuevo método de lectura refleja la idea de un abecedario en retahíla que describe la forma de las letras, y que ayuda al niño a reconocerlas fácilmente con la vista para poderlas combinar en sílabas, a la vez que le enseña principios morales.

La *Cartilla Ilustrada* con este método cumple tres funciones. La primera, enseña el alfabeto. La segunda, sensibiliza al niño con la poesía. Y la tercera, es instrucción moral. Este método muestra un conocimiento de la pedagogía, de la psicología infantil y de la moral de la época.

La atención del niño se fatiga y desvía muy pronto, exige brevedad y variedad; pero sus sentidos descansan alternando el uno con el otro. De aquí que en el Nuevo método se cambie la imagen leída o contada, en su representación gráfica o visible. Sus ojos darán tregua a los oídos, y los oídos a los ojos, y las más de las piezas deben ser cortas. El abecedario compensa su extensión con su travesura, con su movimiento objetivo; pero desde luego, irá aprendiendo por partes (Pombo, 1984, p. 280).

Esto supone la capacidad que tienen los niños para aprender y comprender; por lo que el poeta los defiende y les llama la atención a los adultos, quienes creen que ellos solo se encierran en su mundo infantil y no muestran interés hacia lo que les rodea. Él afirma, que les gusta que sean tratados como grandes por su ambición de serlo implicando una relación niño y adulto.

La *Cartilla Ilustrada* materializa la pedagogía de Pestalozzi de que los niños necesitan de lo concreto y de imágenes para poder aprender. Las lecciones que posee esta cartilla están organizadas por temas, de acuerdo con lo que se quiere enseñar. Pombo organi-

zó la cartilla de una forma aleatoria y sin una lógica fingida. Comienza con temas sobre religión, objetos concretos y áreas de conocimiento o preceptos de comportamiento. Por consiguiente, la sustentación pedagógica de Pombo está relacionada con las capacidades y con la conducta del niño. El método y la cartilla se emplean con jovialidad y travesura, creando unos versos juguetones que enseñan y que, a la vez, atrapan la atención del niño.

El modelo alfabético

¿Quieres ser hombre completo,
hombre a prueba de alfabeto?
-Sé Amable, Activo, Aseado,
Bondadoso y Bienhablado,
claro, más cauto en Confianzas,
Sordo a Chismes, parco en Chanzas,
Libre en Digna Dependencia
del Deber y la Conciencia;
experto en algo Especial,
Franco, Fiel, Firme, Formal,
Grato, Generoso, Humano,
Buen Hijo, esposo y Hermano,
Ejemplo a la Ingenua Infancia;
Justo, Jovial, sin Jactancia;
Gentil en serios hechizos,
no en modas, polKas y rizos;
Leal a la Ley, Laborioso,
Modesto, no Malicioso,
Natural, Noble en tu modo;
Con Orden y Objeto en todo.
Paciente y Perseverante
(Primer Prenda del triunfante);
Patriota Puro y Pacífico;
Puntual, no en Parla Prolífico
ni Quijote o Quejumbroso.
Sé realmente Religioso

sin Superstición Salvaje,
Sobrio en juicio, en boca, en Traje;
Servicial, muy Tolerante,
Útil, Veraz, Vigilante,
Valiente, no Vengativo,
ni un Yo-ísta repulsivo.
Sé eXacto como un reloX,
nunca Zángano, ni Zafio;
Sé otro Washington, si hay dos;
y haZ que diga tu epitafio.
Honró a Padres, Patria y Dios
(Pombo, 1984, p. 284).

Walter Benjamin y la cartilla escolar

¿Qué pretendía nuestra maestra cuando elegía un cuento para nosotros? ¿Por qué no podíamos ser nosotros los que escogíamos el cuento? Así comienza el dualismo al que alude Benjamin (1989, p. 10) entre los adultos que eligen los libros para los niños y la de los niños que los leen o los miran por voluntad propia.

Su pretensión abre la posibilidad de pensar las categorías de “cartilla”, “infancia”, “literatura infantil”, “relación maestro-alumno”, “escuela”, propias de la Modernidad y postuladas como universales; también de pensar en unas prácticas pedagógicas escolares como “el juego”, “la clase”, “el recreo”, que liberen a los niños de las ataduras y convicciones del adulto. Benjamin hace una crítica a la razón moderna que encierra en una “ética filistea”, la fantasía y la ingenuidad de la niñez; esta ética se refleja constantemente en la literatura infantil al introducirse la obligación moral para que los niños cumplan sus deberes a cabalidad. Así mismo, él asume la infancia como

una alegoría de un proyecto de destrucción de la subjetividad moderna y de sus realidades, de las cuales fue intérprete.

Alude Benjamin a las premisas de los libros de fábulas para la infancia que, en vez de rechazarlas como un adulto, las acogía como un niño, pero, a pesar de eso, siempre mantuvo la preocupación constante de separarse del viejo ideal pedagógico: “Sé educado, sé ordenado y sé piadoso” (p. 12). Tal pedagogía aturdió a los niños con tonos empalagosos y estetizantes con el propósito de preservarlos del mundo conflictivo de los adultos, olvidando la realidad que posee el niño, su tierna y reservada fantasía, por lo cual Benjamin se apresuró en salvar el oculto entendimiento entre niños y adultos, recurriendo a su experiencia personal, debido a que la infancia es una especie de tierra de desembarco recuperada mediante el recuerdo, al considerar que “solo puede descubrir este campo de colección —el del libro para niños— quien no ha repudiado el júbilo infantil por él” (p. 13). Lo que implica que la pasión por el pasado abre la tendencia de medirnos con el presente histórico, donde la experiencia de “repudio” a la alegría infantil involucra la relación de los viejos y olvidados libros infantiles con la autenticidad misma.

El mundo de los niños aparece como el reino donde la maldición de ser útiles se podría suspender por la marginalidad y, a partir de este fenómeno, Benjamin desarrolla su resistencia a “crecer”, de preferir quedarse en el mundo de las hadas y de los niños que estar del lado de los adultos que crecieron de manera equivocada.

En comentarios de 1930 a una cartilla, en *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*, Benjamin resalta que “a los mayores

nunca les ha faltado un pretexto pedagógico para echárselas de sabios ante los niños e imponerles sus mañas y manías del momento” (p. 125), creando en ellos la idea de convertirse en adultos y vivir sus experiencias como ellos y no como lo que son realmente. Los adultos pretenden que los niños piensen y actúen como ellos, olvidando que el niño por naturaleza juega, crea, imagina y forma su propio mundo objetivo, pequeño en lo grande. Benjamin admira la cartilla póstuma de Seidmann Freud, ilustradora y autora alemana de libros para niños, debido a que es capaz de despertar “una confianza en ellos mismos y sentido de seguridad”. Por ejemplo, cuando dice: “la cartilla se reúne con el cuaderno” para “efectuar los primeros ensayos de escritura y dibujo” otorgándole “al niño confianza en sí mismo” (p. 126).

El objetivo principal de Seidmann, según Benjamin, es incorporar el quehacer infantil, para que el niño no se quede ahí en lo estipulado, sino que siga su camino sin importar la finalidad. También la autora tiene la intención de juntar el placer de escribir a la alegría de dibujar, lo que permite destruir el objetivo de la enseñanza común, basada en el catecismo y en una moralidad artificial. Esta cartilla es un método educativo, que no se dirige hacia la adquisición y al dominio de una determinada unidad didáctica, adecuada al adulto, sino que asume el carácter del niño que por naturaleza es una maravillosa aventura.

La vieja escuela, para Benjamin, “solo obliga a una continua persecución de metas, a una lucha por llegar a ‘saber’ lo que el omnipotente adulto exige. Por eso, obstruye las puertas que conducen hacia el saber verdadero” (p. 129). Este saber es el ejercicio inconsciente que el juego realiza como vivencia total, buscando ansiosamente

repetición y retorno para reelaborar experiencias terroríficas y gozar una y otra vez los triunfos.

Esta cartilla se dirige al juego ensimismado del niño individual y no tanto al juego ruidoso de los grupos, porque, a través de la individualidad, el niño descubre sus capacidades miméticas que le permiten jugar a ser otro: “y detrás de una puerta, él mismo es puerta, la lleva cual máscara pesada, y como sacerdote hechicero, embrujará a todos lo que entren sin sospechar nada” (p. 89).

De igual forma, Benjamin, en *Comienzos florecientes* (1931), continúa destacando los libros de ilustraciones de Seidmann, en los que su encanto y su alto nivel pedagógico se resaltan cuando los libros se convierten en su mejor amigo. Con base en lo anterior, Benjamin alude a que tal vez la miseria y la inseguridad de nuestros días es el precio que tenemos que pagar para poder dedicarnos completamente al juego encantador y desencantador de las letras, donde las cartillas de Seidmann son el tesoro que debemos hallar, desenterrar y experimentar con la razón profunda del juego: la repetición y el vaivén.

Finalmente, el tema de la cartilla tiene dos miradas: la de una ética moralizante con Pombo, donde los niños deben ser moldeados mediante la educación, que los conduce a una sana convivencia con el otro; y la de una ética no moralizante con Benjamin, que hace que el niño imagine, cree y transforme de una manera más libre y crítica el mundo que los adultos le quieren imponer. Ambos autores toman el juego y la capacidad mimética como un camino en el que los niños explotan su capacidad de transformar un objeto en otro y la de aprender de distintas maneras.

Referencias

- Benjamin, W. (1989). *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Pombo, R. (1984). *Fábulas y Verdades*. Bogotá D. E., Colombia: Circulo de Lectores.
- Robledo, B. (2013). *Rafael Pombo, ese desconocido*. Antología. Bogotá D. C., Colombia: Editorial Grijalbo.